

Europa y la ruptura de España

Cesar Alonso de los Ríos (ABC, 07/01/05).

¿LA Unión Europea podrá abrirse un día al reconocimiento de un «Estado vasco libremente asociado» y de una «Comunidad Nacional catalana»?

Muchos españoles se hacen esta pregunta en estos momentos de radical incertidumbre. Y pueden preguntárselo al menos con el mismo derecho con que Ibarretxe, Patxi López y Maragall plantean en sus nuevos Estatutos la representación de sus regiones respectivas ante todas las instancias de la Unión. Pero sucede que hemos llegado a tal punto de asimetría entre unos españoles y otros, entre unas regiones y otras, que los nacionalistas y los socialistas -Ibarretxe y Patxi López- pueden reivindicar, sin escándalo para nadie, que el País Vasco y Cataluña tengan delegaciones en Bruselas mientras el resto de los españoles no podemos expresar nuestra inquietud por ello. Nosotros, al formular nuestra preocupación, desestabilizamos; ellos, al desestabilizar, ejercitan un derecho. Ésta es la inversión de criterios a la que hemos llegado. Éste es el resultado de muchos años de un pésimo ejercicio de la democracia. Los que actuamos con lógica producimos alarma. Los que se dedican a provocar la alarma deben ser aceptados como normales.

HASTA hace pocos años los nacionalistas vascos, catalanes y gallegos y los socialistas confederalistas pensaban que la vieja Comunidad Europea favorecía la emergencia de nuevos Estados. Se decía que la oposición a una radicalización de los derechos autonómicos iba a dejar de tener sentido una vez que España ingresara en la Comunidad. Se hablaba de una Europa de las regiones y Maragall en una de sus locuras llegó a imaginar una Europa de ciudades (entonces era alcalde y estaba bajo la bota de González). Ingresamos en la Comunidad Europea y los socialistas y nacionalistas tuvieron que aceptar la dura realidad de una Europa de Estados/Nación. Ahora, con ZP y el social-nacionalismo en el poder, han vuelto a crecerse: de nuevo aspiran a una Europa que acoja en su seno burocrático y afrancesado la representación de las «comunidades nacionales» -todavía nacionalidades- a los máximos niveles.

LA labilidad y la indefinición con la que se presenta este problema está determinando que los nacionalistas y socialistas estén planteando sus aspiraciones con sumo cuidado. Temen que la Unión pueda ofrecer resistencias y por esa razón Ibarretxe no aspira a romper totalmente con España. Le interesa llevar hasta el límite de la soberanía su relación con el Estado español, pero con el cuidado de dejar un nexo simbólico que pueda amparar al «Estado vasco asociado» en el ámbito internacional y concretamente en el europeo. Aparecer como Estado asociado le permite no crear unos problemas especialmente difíciles o insuperables a la Unión. Porque ¿cómo podría aceptar la Unión Europea (uno de cuyos miembros es España) el ejercicio de la autodeterminación de una o varias regiones españolas? A no ser que los efectos de la autodeterminación quedaran disimulados en esa asociación libremente querida por ambas partes, vasca y española, catalana y española.

Guarecidos en la fórmula laxa de un Estado confederal y de una Nación de Naciones, ¿por qué habría de ofrecer la UE una especial resistencia? Sobre todo si el reconocimiento de estas regiones/nación se presenta con la anuencia o incluso con el apoyo decidido del propio Gobierno presidido por Zapatero. En ese caso, la Unión se limitaría a aceptar la ruptura de España asumida por los propios españoles: una inmolación.